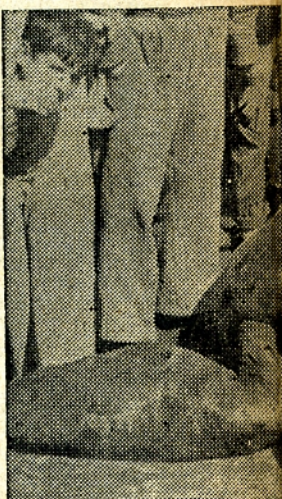


LA ESPADA Y LAS CONCHAS

Lo más importante de este biológico tal vez no sea su voluminosa estampa. ¡Hay en tierra cada galápagos! ¡Con unas conchas!...

El periódico que dió noticia de su captura, por unos pescadores de la

Isla de Ons, relata que fué efectuada "en el crítico momento en que luchaba con un pez-espada". Para un observador ingenuo, el episodio resulta mucho más interesante que las desusadas dimensiones del animal.



Es una pena que esos pescadores fueran tan apresurados. Debieron de-

jar que la batalla terminara, para que pudiéramos saber si, al fin, las conchas derrotaban a la espada. Las conchas son el arma única del que aguanta, mientras la espada tiene una acreditada virtud ofensiva. Aunque no estemos muy seguros de que en la mar las cosas sucedan así, siempre habría sido útil registrar el sino del singular desenlace.

Algo, empero, nos ha enseñado ahora la sabia naturaleza: que las conchas, si son resistentes, y uno se cubre bien con ellas, pueden afrontar la lucha con las espadas. Mientras, naturalmente, como nos enseñó Homero, el filo no ataque a uno en el mismísimo tendón de Aquiles.

Para muchos, ésto no es una novedad. Son los que administran bien sus conchas, y en vez del ataque de las espadas se desalan por su amparo. Así, cuando logran aliar lo que parece inconciliable, se tornan poco menos que indestructibles. No sabemos si precisamente en la mar puede producirse este fenómeno, pero su proyección terrestre es fecunda en ejemplares notables.

Como en el medio marino no se estilan los lances románticos, también de aquí sacamos la consecuencia de que el galápagos aspiraba a merendarse al pez. En cuanto a la voracidad, los de tierra adentro no tienen que envidiar al acuático. Se meriendan peces y... lo que dejan tras de sí, aunque sin gallardía alguna. El galápagos auténtico, cuando menos, acepta el combate, se expone y lucha.